

RESEÑA

Miguel Alberto Bartolomé
*Librar el camino. Relatos sobre antropología
y alteridad*, México, CONACULTA-INAH-Miguel
Ángel Porrúa, 2002.

Saúl Millán

ENAH-INAH

Hace apenas un año, y por una coincidencia que no deja de ser extraña, Marc Augé hizo notar que los antropólogos suelen sentir la tentación de escribir sus memorias, a veces incluso sin contar con la edad adecuada. Lévi-Strauss, Balandier y Condominas sucumbieron a esta tentación en diferentes etapas de su vida y el propio Augé, que tanto lamentaba la existencia de los no lugares, parece haber encontrado finalmente un lugar propicio para sus memorias. En el fondo resulta natural que alguien cuyo oficio ha consistido en escuchar y observar a los demás en las situaciones y los lugares más diversos, sienta la tentación de revisar lo que esa tarea le ha enseñado, las reflexiones que le inspira y los interrogantes que el presente le plantea [Augé, 2003].

Menos evidente es, sin embargo, que esa revisión se efectúe a través de la memoria. Por más preciso que pueda ser en los detalles, el recuerdo jamás ha sido la verdad de nadie, ya que entre el presente y el pasado mediarán siempre los recursos del olvido. Si la memoria y el olvido son a la postre arquitectos más sabios que nuestra propia historia, es porque ambos permiten sustituir un orden confuso por otro inteligible, una experiencia lineal y continua por otra sincrónica y discontinua. En *Tristes trópicos* [1970], por ejemplo, Lévi-Strauss reconoció que el olvido había hecho algo más que desgastar y enterrar sus recuerdos, pues había terminado por arrojar fragmentos con los cuales era posible construir un edificio cuyo trazo era, sin embargo, más claro que el de esa serie infinita de detalles, minucias y acontecimientos que pueblan los diarios de campo de numerosos antropólogos, acostumbrados a atormentar a sus lectores con el terrorismo de la inmediatez y de la espontaneidad. Uno agradece, entonces, que las etnografías más bellas se escriban en el hogar, con la sabiduría que otorga la

lejanía del objeto y sin los nervios del primerizo que pretende registrar todas las voces y todos los acontecimientos.

He hecho este pequeño preámbulo porque *Librar el camino*, el último libro de Miguel Bartolomé, es ante todo un libro de memorias, si por este término se entiende algo más que una biografía personal o un relato en primera persona. Una frase de Elena Garro, que hubiera podido servirle de epígrafe y con la que Miguel Bartolomé sintetiza la necesidad de su empresa, advierte que a fin de cuentas todos somos tan sólo memoria y la memoria que de nosotros se tenga. En *Librar el camino*, sin embargo, el lector descubrirá que la memoria no sólo funciona para esclarecer una identidad que desde hace décadas transita entre México, Argentina y Paraguay, sino también como el recurso de una reflexión que jamás cesa de interrogarse sobre las diferencias culturales, la condición de extranjero en mundos que inevitablemente nos son ajenos y las relaciones que se tienden entre la etnografía y la biografía personal. Aunque hablar de los otros a través de uno mismo es un método casi inherente a la etnografía, pocos antropólogos parecen dispuestos a aceptar que sus investigaciones pasarán finalmente por el filtro de la memoria. Basado en una experiencia única, el trabajo de campo es por definición una experiencia nueva que sólo puede ser narrada en lo que tiene de irrepetible y de singular. Idealmente, como pensaba Sperber, cada etnografía debería de repensar el género etnográfico, al igual que cada novelista legítimo repiensa la novela [Sperber, 1991:126].

Si Miguel Bartolomé desconfía de ciertas modas contemporáneas, según las cuales es necesario hablar de uno mismo antes de revelar a los demás, admite que todo antropólogo es el informante de sí mismo y que su presencia en culturas extrañas está marcada por el contexto personal del momento. De ahí que sus historias etnográficas entre los mapuche, los guaraníes o los mayas de Yucatán se propongan como relatos personalizados, pero sólo en la medida en que la primera persona es un medio para establecer contrastes entre esos pueblos y una cultura de referencia. Al comprender que una cultura sólo se materializa distinguiéndose de otra, Miguel Bartolomé emplea sus propios marcos de referencia para mostrar la distancia que lo separa de Avá-Ñembiará, el chamán guaraní que lo introdujo a los secretos de la selva y que solía reírse de las torpezas del antropólogo a la hora de cazar una presa. El “choque cultural”, inevitable para cualquier etnógrafo que se ha confrontado con una realidad alterna, tiene la virtud de convertirse en una crítica de nuestra vida previa que pone de relieve la relatividad de nuestras propias convicciones. Sólo entonces comenzamos a percibir a los otros en función de lo que tienen y no tanto en función de lo que carecen,

como le sucedió a Miguel Bartolomé hace treinta años durante su estancia entre los mapuches:

Tal vez ese estilo de vida fue estructurando en mí una visión precaria del pueblo mapuche, al que tendía a percibir sólo por sus carencias y necesidades. Mi solidaridad se dirigía a sus ausencias y no a sus entonces –para mí– desconocidas presencias culturales” [Bartolomé, 2002:28].

A lo largo de varios años de conocerlo, Miguel Bartolomé me ha enseñado que existen dos tipos de antropología. Mientras una de ellas se encuentra preocupada por la medicina, la otra está esencialmente interesada por los enfermos. Aunque a él mismo le gusta confesar que su práctica antropológica pertenece a este segundo género, el lector de *Librar el camino* se topará en cada página con reflexiones teóricas que son recurrentes desde sus primeras obras y que, hace apenas unos años, se expresaron con lucidez en un libro tan acabado como *Gente de costumbre y gente de razón*. Al leer ese texto, que me causó una profunda impresión, advertí algo que hoy reconozco nuevamente y que consiste en ese tono familiar y conversado, cuyo estilo me parece el signo inequívoco del ensayista de raza. Miguel Bartolomé escribe con elegancia, pero sobre todo con la soltura del ensayista que, a sus sesenta años, ha abandonado la necesidad de recurrir al vocabulario académico para exponer una idea clara. Si *Librar el camino* es un libro de relatos, también es un relato poblado de ideas y aforismos que uno tiene la tentación de subrayar a cada instante porque sus frases son a la vez concretas y oceánicas, verdaderas piezas de artesanía que uno va coleccionando para esos momentos en que nos faltan los objetos de reflexión.

En el tercer capítulo, centrado en sus encuentros en la selva, Bartolomé hace notar que “hay hombres que logran transmitir sus experiencias hasta el punto que sentimos poder hacerlas nuestras” [*ibid.*:105]. Aunque la frase se emplea para caracterizar uno de los personajes de la selva, un alemán con el que Miguel y Alicia compartían su afición por las arañas, puede aplicarse también al propio autor de los relatos. De hecho, resulta difícil leer cada anécdota sin sentir que uno hubiera experimentado las mismas sensaciones ante esos momentos de extrañamiento que casi siempre surgen durante el trabajo de campo. Inevitablemente, Miguel Bartolomé nos convierte en cómplices de sus propias reflexiones a la hora de compartir una hoguera nocturna con los ayoreo, o bien en el momento de acribillar una boa que se ha escurrido entre las sábanas. Siguiendo los sabios consejos de Cortázar, el autor escribe como si el mundo que propone le interesara tan sólo a él y a sus personajes, pero el efecto de este método

consiste en que el lector queda atrapado en los hilos de esa trama como si fuera un espectador cercano a los acontecimientos que se narran. No se trata sólo del texto, sino de la textura que se arma entre la anécdota particular y la reflexión generalizada con que el autor va enlazando la narración y la etnografía, que a fin de cuentas es una forma de promover el diálogo entre la historia y la antropología.

Se ha dicho que el etnógrafo, como el surrealista de los años treinta, tiene licencia para escandalizar [Clifford, 1995]. La ventaja del relato personal reside en que las anécdotas son tan exóticas que ya no resulta necesario atribuir un exotismo suplementario a los pueblos que el antropólogo describe. A diferencia de los libros de viaje, que promueven un exotismo de exportación, los relatos de *Librar el camino* reconocen en los pueblos amazónicos, mayas o oaxaqueños el inexorable paso del tiempo y las escenas, a veces insólitas, que motivan los procesos forzados de aculturación. Si tuviera que seleccionar algunas anécdotas extravagantes, elegiría la imagen de ese musculoso jefe de guerra, cazador de jaguares, que se dirige al monte con sus armas y sus adornos plumarios, vistiendo un *negligé* transparente de nylon rosa que la organización Cáritas había enviado al Amazonas como parte de un cargamento humanitario desde la remota ciudad de Nueva York. La famosa definición de la belleza de Lautréamont, que consiste en el encuentro fortuito de una mesa de disección, una máquina de coser y un paraguas, nos parecen hoy parte de un surrealismo trasnochado que resulta pálido frente a un mundo que se asemeja más a un mercado de Beirut que a un cuadro renacentista.

A Miguel Bartolomé le asombra, sin embargo, que esas escenas y esos encuentros se produzcan entre pueblos cuya tradición oral funciona como una especie de memoria inmediata. Al lado de los *hippies* que durante los años setenta invadían las playas de Tulum, los mayas macehuales le contaban historias sobre personajes y poblados que uno puede identificar en los antiguos códices prehispanicos. Escuchar palabras que han sido escritas hace un milenio, pronunciadas por hombres que desconocen esa escritura, es sin duda un evento que suscita reacciones entre los interlocutores, reacciones que casi nunca quedan registradas en nuestros textos académicos por las exigencias que impone un método científico. Después de veinte años de haber trabajado en la península, la incesante reflexión de Bartolomé nos entrega hoy lo que no pudo ser registrado en *La dinámica social de los mayas de Yucatán*, el libro que le sirvió de tesis doctoral y que sigue los caminos de una monografía clásica. De ahí que *Librar el camino*, la expresión chatina que da título a este conjunto de relatos, sea también una forma

de indicar nuevas rutas de acceso hacia el conocimiento de pueblos indígenas que el autor había examinado en el pasado, en obras que muchos consultamos para aprender algo sobre las identidades étnicas, los sistemas de parentesco en las comunidades oaxaqueñas o las relaciones de poder entre indígenas y mestizos.

Se podría pensar que *Librar el camino* es un libro inusitado en la ya vasta obra de Miguel Bartolomé, pero el lector atento advertirá que existen hilos conductores y temas recurrentes que nunca ha abandonado por completo. Uno de ellos es, sin duda, el tema de la identidad. Parecería contradictorio que a un antropólogo que no se identifica con ninguna tradición específica le sean tan atractivos los mecanismos identitarios, pero cuando uno lee sus relatos comprende por qué las identidades étnicas se han convertido en uno de sus objetos privilegiados. En diferentes épocas y contextos, Miguel Bartolomé ha sido *huinka*, *carai*, *cohñone*, *tsa ju*, *dzul* y *ne'pi*, términos con lo que las diferentes culturas que ha estudiado designan a los extranjeros o a los hombres blancos. "Así, cada vez se me adjudicó una condición étnica que yo no creía poseer, pero que para los nativos estaba siempre presente" [Bartolomé, *op. cit.*:17]. Esta identidad cambiante, que le hace sentirse extranjero en Buenos Aires y oaxaqueño en el Distrito Federal, proviene también de una genealogía errante que media entre abuelos italianos y españoles, algunos de los cuales se refugiaron en la única provincia argentina que puede calificarse de salvaje y tropical. Por lo mismo, su amor por la selva, ya sea amazónica o yucateca, está unido a la legendaria imagen de Misiones, la provincia de su infancia que colinda con Paraguay y donde aún conviven el castellano con el guaraní, la lengua que flotó siempre sobre las palabras de su idioma materno. Habitante de diversas culturas y regiones, Miguel Bartolomé aprendió desde muy joven que todos los caminos nos conducen a la identidad, pero sólo a condición de salirse de ella y observarla como lo que es: una marca, una etiqueta o una nacionalidad que uno no siempre escoge.

Después de treinta años de residencia en nuestro país, Miguel Bartolomé ha terminado por aceptar su condición de *argenmex*, aunque aún se interroga si esta identidad argentina y mexicana tiene un futuro étnico posible. Junto con Alicia Barabas, su esposa y colega inseparable, llegó a México en 1971 y desde entonces transita por los caminos de Oaxaca. De esa trayectoria han surgido etnografías memorables como *Tierra de la palabra* (1982), *La presa Cerro de Oro y el ingeniero el Gran Dios* (1990), *La pluralidad en peligro* (1996) y *Configuraciones étnicas en Oaxaca* (2002). Todas ellas pueden definirse por el hecho de haber distinguido identidades variables, profundamente singulares, ahí donde otros antropólogos veían tan sólo actores sociales y campesinos a distancia. Durante los años ochenta,

Bartolomé fue en efecto de los pocos antropólogos que no renunció a la noción de una identidad indígena que entonces se cuestionaba con fervor entre las legiones marxistas. Sospecho que esta actitud irreverente, que para entonces lo situaba fuera de las polémicas en boga, no se debió tanto a una convicción teórica como al hecho de haber convivido durante años con pueblos que no se identificaban como campesinos sino como mapuches, ayoreo, guaraníes, chinantecos, mayas o chatinos. Si Bartolomé los definía como grupos culturalmente diferentes, era porque los había visto de cerca y porque su vocación de nómada le otorgaba márgenes de comparación que no siempre estaban presentes entre sus colegas mexicanos. Alguien, durante esa época, lo llamó el “trabajador de campo” de los etnopolulistas, sin advertir que la historia habría de darle la razón a sus teorías y sin saber que, veinte años más tarde, la antropología mexicana terminaría por abandonar las tesis campesinistas para retomar nuevamente el problema indígena, cuya comprensión sólo es factible desde la óptica de la diferencia cultural.

Menciono estos datos porque Miguel Bartolomé siempre ha sido un defensor incansable de la etnografía. Desde su perspectiva, la etnografía no consiste en una precaria y reiterativa tarea descriptiva, sino en una forma privilegiada de hacer posible el diálogo intercultural entre actores distantes que resultan sin embargo cada vez más cercanos. En diferentes momentos ha insistido que “resulta aventurado buscar una articulación igualitaria de la diversidad cuando los protagonistas de la pluralidad étnica no son reconocidos como portadores de dimensiones culturales alternas”. La etnografía, tal como la concibe Bartolomé, juega entonces un papel político importante en la medida en que hace de ese reconocimiento un principio de diálogo, que acaso es la única manera de abreviar la distancia que nos separa de los indígenas contemporáneos. En una época que tiende a eliminar las diferencias culturales, el diálogo no resulta difícil a causa de la excesiva distancia de los interlocutores, sino en razón de una homogeneidad progresiva que convierte a los protagonistas en las repeticiones incesantes de un solo discurso. Como la historia y la literatura, la etnografía tiene, en cambio, la capacidad de proveernos de escenarios y relatos que muestran las enormes variaciones a las que puede estar sujeto el discurso humano. A través del registro etnográfico, la antropología se convierte en la voz que expresa esa diversidad y valora su importancia en circunstancias donde la presencia del Otro se percibe en escenarios cada vez más familiares.

Librar el camino se cierra con una imagen del metro de Madrid que sintetiza las dificultades de ese diálogo. El Metro, piensa Miguel Bartolomé, es en cierta forma el “reflejo de la vida en las sociedades occidentales: una multitud de rostros

indiferentes, demasiado atenta a sí misma y a sus infinitos problemas como para permitirse reparar en los demás” [ibid.:199]. Se trata de esos habitantes de las grandes ciudades que se relacionan con los demás sin entregar nada de sí mismos, demasiado absortos en sus propias burbujas como para poder imaginar que en otros lugares, ya sean cercanos o distantes, existen porciones de la humanidad que construyen sentidos alternativos para sus vidas, sentidos que tienen al menos el valor de constituir respuestas diferentes ante problemas que nos son comunes.

La imagen del metro madrileño contrasta con la de esos caminos que Miguel Bartolomé ha recorrido a lo largo de treinta años, donde todo encuentro con un ser humano puede ser motivo de saludo, de alegría o de sospecha, pero jamás de indiferencia. Para los chatinos de Oaxaca, una persona ha “librado su camino” cuando alguna emoción totalizadora la hace involucrarse de manera definitiva en uno de los posibles senderos de la vida. Con los relatos que hoy nos entrega, Miguel Bartolomé parece librar diversos caminos, pero sólo en la medida en que esta liberación supone abandonar la ruta de la indiferencia que su propia sociedad le proponía. A cambio nos entrega un libro que puede calificarse acaso de ser demasiado personal, a menudo irónico y divertido, pero nunca indiferente a esa porción de la humanidad que se ha cruzado en su camino. Celebremos, pues, que el autor haya renunciado a otros posibles caminos y que hoy esté con nosotros para mostrarnos nuevas rutas hacia la antropología y la alteridad.

BIBLIOGRAFÍA

Augé, Marc

2003 *El tiempo en ruinas*, Barcelona, Gedisa.

Bartolomé, Miguel Alberto

2002 *Librar el camino. Relatos sobre antropología y alteridad*, México, CONACULTA-
INAH-Miguel Ángel Porrúa.

Clifford, James

1995 *Dilemas de la cultura*, Barcelona, Gedisa.

Lévi-Strauss, Claude

1970 *Tristes trópicos*, Buenos Aires, Eudeba.

Sperber, Dan

1991 “Etnografía interpretativa y antropología teórica”, en *Alteridades*, núm. 1, UAM.

